

rara belleza, y que había en sus facciones y en toda su persona una mezcla armoniosa de gracia y distinción. Pero un encanto que valía todavía mas, era su caracter elevado y reflexivo, templado no obstante por la mas amable amenidad. Además, se sabía que en los negocios, y en la dirección de una casa poseía en alto grado esa ciencia doméstica y ese tacto inteligente que da tanto valor á una mujer. Por otra parte, todas esas cualidades, hermosura, inteligencia, y caracter, estaban coronadas con una aureola tan atractiva de modestia, que á pesar de sus esfuerzos por permanecer ignorada, la joven atraía sobre sí la atención pública. Muchos jóvenes de distinción pensaron que una mujer como esta, aunque pobre, valía mas para su dicha y para la vida real que todas las elegantes disipadas, tan ligeras en sus fiestas, no reconociendo en éstas mas que ligerísimos méritos. La mano de Liduvina fué pues pedida á su padre. Como hombre prudente, Pedro no se violentó; mas al fin, apremiado por instancias reiteradas, y tal vez tentado por el atractivo de la fortuna que se le ofrecía, cierto día llamó á su hija. "Hija mia, le dijo, no sin emoción, muchos jóvenes de las mejores familias de Squidam piden tu mano; yo creo que harías bien en pensar en esto y ya me dirás tu elección.—Mi elección, decís? respondió vivamente Liduvina, ah! padre mio, ahora ya es tarde pues mi elección está hecha! No es á un hombre, sino al rey del cielo á quien yo quiero estar unida; y él es quien ha recibido ya mis juramentos. Oh mi buen padre, continuó la joven tomándole y besándole las manos: sí me amais..... y no es así? vos amais tanto á vuestra hija! yo os conjuro á que no me habéis mas de matrimonio, pues que estimo mucho el tesoro de la virginidad para darlo á un esposo mortal." Pedro se

sentía conmovido, y no obstante, insistía; mas Petronila estaba allí y aprobaba los votos de su hija. Pedro, le dijo, no instemos mas á Liduvina, ella es en verdad muy joven, muy piadosa sobre todo, para violentarnos. Esta es nuestra hija única; mas si es necesario, por qué no dársela al Dios único? por qué no la dejáremos consagrarse á él para siempre?—Ah gracias! exclamó entonces la joven con transporte, mil y mil veces gracias, madre mia muy amada! Sí; de Jesús quiero ser, nada más que de Jesús: dejadme decirlo; no hay hombre viviente que pudiese forzarme á ser de otro que de Jesús. Oh! si alguno quisiese obligarme, añadió ruborizándose, bien sé lo que haría! Pediría y suplicaría tanto á mi Dios, que él me enviaría una deformidad tan repugnante que ningún hombre jamás me apeteciese!

Cuando es santa la infancia hay en ella como un perfume que embalsama y protege toda la vida!

#### CAPITULO IV.

##### DESIGNIOS DE DIOS.

*Carrera de patines.—Liduvina dá una caída.—Enfermedad sobrehumana.—Sonder-Dank.—Los médicos se confiesan impotentes.—Una crisis.—Horrible complicación de males.—Nacen gusanos y se multiplican en la carne de la virgen.—Lección de caridad que dá á un hombre mundano.—Su amor á la verdad y milagro que lo recompensa.*

HASTA aquí y por muy fervorosa que fuese Liduvina, aun no había recibido ningún don extraordinario

de lo alto; Dios no la había admitido todavía á los gozes de sus celestiales comunicaciones; pues era preciso que sufriese, antes la ley providencial á la cual somete Dios á las almas privilegiadas. Era conveniente que fuese purificada por el fuego de la prueba, que fuese fortificada contra el orgullo por la humillación, y en una palabra, que pasase por el Calvario antes de llegar al Tabor: era necesario que padeciese! y el padecer sería para ella como un nuevo bautismo que debía recibir para empezar la vida nueva en la que iba á entrar. Este bautismo de sangre fuele abundantemente concedido! A los diez y seis años fué atacada de una enfermedad poco alarmante, mas que le había durado muchos meses. Durante la convalecencia algunos jóvenes vinieron un día á visitarla, ó mas bien á proponerle un instante de recreación. Era á la sazón el pleno invierno, el frio había sido riguroso, y un hielo espeso cubría por todas partes la superficie de las aguas. En toda la Holanda es una diversión muy usada la carrera de patines, diversión llena de encanto y de movimiento, y tan inocente como favorable á la salud. Los hombres, las mujeres y los niños, se entregan voluntariamente á este pasatiempo, y las jóvenes Holandesas sobre todo, sobresalen en destreza. Reunidas en alegres grupos se las vé sobre sus pequeñas láminas de acero sólidamente fijadas al calzado ir y venir, entremezclarse dando vueltas, describiendo mil extrañas formas, trazar sobre el hielo con tanta gracia como ligereza las mas caprichosas figuras, y después lanzándose á correr y atravesar el espacio ligeras como las aves que hienden los aires!

Las compañeras de Liduvina marchaban pues sobre el hielo, y venían á invitarla á que las acompañase. La joven, como sabemos, temía mucho la disipación,

y así es que excusándose con su mala salud y dándoles las gracias se negaba á acompañarlas. Mas las jóvenes exclamaron: precisamente vuestra salud es la que debe decidirlos, pues teneis necesidad de movimiento y ejercicio; venid á participar de nuestros juegos que, un poco de ejercicio os hará mucho bien. Aun cuando no viniéreis mas que al borde de la ribera para ver nuestras diversiones desde lejos, esto sólo os regocijará; venid pues de todos modos. Liduvina repitió sus excusas, pero las amigas renovaron de tal modo sus instancias, que la piadosa niña temiendo contristarlas, con el permiso de su padre accedió á sus deseos. Vase pues con ellas, y baja en su compañía al hielo tomando los patines. Hacía apenas unos instantes que se entregaba á este ejercicio, cuando una de sus compañeras lanzada á todo escape, no sabiendo ó no pudiendo apartarse ni detenerse á tiempo, viene de improviso á chocar contra Liduvina, y el choque fué terrible, pues la pobre niña convaleciente no pudiendo detenerse cae violentamente contra un témpano de hielos fracturándose una costilla. Entonces vióse un espectáculo desgarrador, Liduvina yacía tendida sobre el hielo, pálida, desmayada, y aun se hubiera creído que estaba muerta! A su derredor, de rodillas, ó corriendo espantadas aquellas jóvenes poco antes tan risueñas, lloraban y daban unos gritos que partían el alma. "Ay! decían, nosotras la hemos traído y la hemos por fuerza arrastrado á este hielo tan fatal.... y he aquí que sólo tenemos ahora un cadáver que devolver á su madre." Con todo, fuerza es resignarse; las jóvenes levantan á su desgraciada amiga en los brazos, y con las manos entrelazadas le forman como una camilla, y llorando amargas lágrimas la llevan á su casa y la colocan en su lecho,—en el mismo lecho

que acababa apenas de dejar gozosa con la esperanza de una salud prontamente recuperada, mas del que nunca volvería á bajar restablecida. Bien se comprende que este acontecimiento produjo en Squidam profunda sensación; y como sucede en estos casos, cada uno habló de ello á su modo, unos con desprecio, otros con lástima, y sólo los hombres de fé supieron ver en ese suceso una disposición providencial. Y en efecto, tenían razón, pues los amorosos designios de Dios comenzaban ya á cumplirse!

Mas digámoslo desde luego: en medio de su inmenso dolor, los padres de Liduvina no se entretuvieron en vanos lamentos, antes sin pensar en su pobreza, y queriendo salvar á su hija muy amada hicieron venir los médicos mas hábiles, y los cirujanos mas experimentados, los cuales ensayaron los remedios mas costosos; nada se hacía pesado al amor paternal, y á fuerza de trabajos y privaciones bien podían pagarlo todo. Mas ay! todo fué en vano.

Acentuóse en verdad una enfermedad extraña que burlaba las investigaciones mas tenaces, y frustraba los estudios mas constantes. Mientras que la ciencia reflexionaba y discutía sus causas y sus remedios, el terrible mal avanzaba continuamente, é iba tomando de hora en hora horriblos desarrollos. Preciso era conocer que Dios había herido, y en sus adorables designios su Majestad no quería la curación!

Además, la ciencia se vió bien pronto reducida á hacer como una solemne confesión de la intervención divina. Existía en esta época un médico famoso, llamado Godofredo de la Haye á quien toda la Holanda bendecía y le había puesto el sobrenombre de Sonder-

Dank. (1) A este hombre profundamente piadoso, que juntaba á una incomparable habilidad un raro desinterés para con los enfermos pobres, le hablaron de Liduvina, y vino á visitarla. Los médicos habian acudido numerosos al derredor del ilustre doctor, que largo tiempo estuvo preguntando y sondeó en todos sentidos ese mal inaudito, hasta que por fin dirigiéndose á los padres de la virgen, les dijo. Amigos míos, cesad de hacer gastos inútiles, pues aun cuando pusiérais en nuestras manos tantas monedas de oro cuantas estrellas hay en el firmamento, no podríamos en cambio ofrecer la curación. Y dirigiéndose hácia los médicos que le rodeaban: «Convenzámonos, venerables compañeros, este es un mal que supera nuestra ciencia. Si Hipócrates y Galeno estuviesen aquí presentés yo los desafiaria á que trajesen remedio porque el mal procede de arriba! Sí, añadió con tono inspirado, la mano de Dios está sobre esta niña; así lo creo, así lo siento; esta enfermedad es sobrenatural, y Dios hará en ella maravillas como apenas las habrá obrado en otra alma en todo un siglo! ¡Ojalá y esta niña fuera mi hija! y cuán caro compraría yo este honor si pudiese comprarse!»

Así, abandonada de los médicos, y herida por la mano de Dios, Liduvina no tuvo mas perspectiva que la de un horroroso martirio. Su mal, tan misterioso é

(1) Tierno sobrenombre que trasmitió á sus hijos y que le fué dado porque á los enfermos pobres á quien trataba siempre gratuitamente y que le manifestaban su reconocimiento por sus hábiles cuidados diciéndole: «*Grooten dank!*» es decir: «muchas gracias!» respondía invariablemente: «*Sonder-Dank!*» Nada de gracias!»

indefinible que desesperaba á la ciencia humana, presentaba unos caracteres que espantaban, pues era como una milagrosa complicación de horribles llagas interiores, en medio de las cuales y en la región misma de la costilla quebrada, había aparecido una apostema ó absceso. En vano para abrirlo se habían empleado los medicamentos mas enérgicos, pues á todo había resistido: Liduvina sufría tan intolerables dolores, que era necesario á cada instante trasportarla de un lecho á otro, aun que no fuese mas que para darle la esperanza de algún alivio, pues los dolores le ocasionaban á veces crisis espantosas.

Cierto dia estando en una de esas crisis, había venido á verla Pedro su padre, que abismado de tristeza se había sentado junto á su desgraciada hija y la miraba llorando. ¿Cómo no llorar, si amaba tanto á su hija y la veía padecer tanto, sin poder darle el menor alivio? Y al mismo tiempo al través de sus lágrimas le hablaba y le decía las mas tiernas palabras y todo cuanto entendía que podría inspirarle valor y fortaleza. Mas Liduvina nada escuchaba. Bajo la acción de sus atroces dolores sus miembros se le torcían, y á pesar suyo daba gritos horrorosos. Repentinamente se calla . . . jadeante, fuera de sí, con la fuerza de los dolores, y sin conocimiento de lo que hace, de un salto se endereza, se lanza y se precipita fuera del lecho . . . y viene á caer sollozando en brazos de su padre, y al mismo tiempo sobre el pecho del anciano espantado, se desmaya!

Mas qué había sucedido? por qué este desmayo? Pronto pudo comprenderse, pues ese movimiento tan violento y mas eficaz que toda la ciencia, había ocasionado la ruptura de la apostema, que acababa de abrirse. Inmediatamente renace la esperanza, y to-

dos se felicitan de la terrible crisis. Dios sea alabado! exclaman, sin duda esta es la curación, y la salud que va á venir!

Mas ay! en realidad esta debía ser ó la vida ó la muerte: pero no fué la muerte ni la vida, sino un horrible y extraordinario aumento de males, y mas que nunca la realización de los designios del Señor!

Esta ruptura tuvo horrorosas consecuencias, pues no encontrando salida el humor, se derramó naturalmente en el interior. Fácilmente se comprende que esto le ocasionó fuertes vómitos, mas con tal dificultad que la pobre joven se retorció sobre su lecho con la violencia de los dolores que parece debían hacerla morir. Sobrevinieron en seguida, y siempre bajo la acción de este humor encerrado, otras terribles enfermedades; las fuerzas fueron desapareciendo: el estómago se debilitó á tal grado, que no podia contener ningún alimento; las piernas y bien pronto casi todos los miembros se le paralizaron, y á tantos males vino á juntarse el horroroso suplicio de una sed devoradora é insaciable, irritada de continuo por los vómitos que no cesaban. La pobre enferma bebía sin cesar, y disgustada del agua fría y limpia, iba arrastrándose á buscar una agua tibia, cenagosa y hasta hedionda que con ansia bebía! tristes bebidas que su estómago arrojaba muy pronto y que sólo servían para atizar el fuego que la abrasaba, y á las cuales volvía con una especie de horrible placer que causaba compasión! Así fueron pasando los tres primeros años, y referir cuánto padeció en este tiempo, cuántos insomnios, lágrimas y tormentos de todas clases, decir todas las amarguras de su alma y los dolores de su cuerpo, sólo Dios podría hacerlo, bastaba verla para comprender que el dolor habia cavado en aquel pobre cuerpo un abismo

insondable, y para sentir el alma traspasada de dolor. Pobre niña! tan joven aún, á los diez y nueve años! ¿No era ella la que poco ha se encontraba tan llena de actividad, de movimiento y de vida? ¿No era la amable virgen á quien la mano de Dios se había complacido en adornar con tanta gracia y hermosura! Y ahora, vedla allí, extendida en su lecho, martirizada á todas horas, y en todos sus miembros durante tres años! Y cuando algunas veces bajaba de ese lecho la pobre joven, se la veía deforme, horrorosa, arrastrándose con las rodillas y las manos como un gusano por su aposento, ó al derredor de su mezquina habitación. Espectáculo lamentable, que además de la compasión que causaba al verla, era como un sentimiento de horror que sentían todos los que la encontraban, aun aquellos que la habían buscado y á quienes había inspirado tanto amor! Oh vanidad de vanidades! qué és pues el mundo? qué vienen á ser la juventud y la hermosura? Ah! la santa joven lo había perdido, cuando al instarla para que escogiese un esposo, en su virginal horror había contestado: "Yo rogaré tanto á mi Dios; que su Majestad me enviará tal deformidad que ningún hombre querrá jamás nada conmigo." Con todo eso, quién lo creería? tantos males no eran aun mas que las arras del dolor. Ve ahí que Liduvina no tendrá en adelante ni el consuelo de arrastrarse miserablemente por su aposento, pues como su estado se iba agravando, como nuevas é inauditas enfermedades se amontonaban de día en día, clavábanla para siempre en su lecho! No habiendo podido lavarse la llaga de la apostema, la gangrena había empodrecido las partes vecinas, penetrando hasta los intestinos y engendrando con la putrefacción gusanos, que se multiplicaban de una manera horrorosa,

y después de traspasar las entrañas, agujeraban las carnes y llegaron á abrir tres agujeros del ancho de una mano y de color negrusco y repugnante. Todos aquellos gusanos tan horribles á la vista se alimentaban de la sustancia misma de la enferma, y le causaban tormentos sin nombre. Consultados los médicos ordenaron que para contener la acción de los gusanos, y atraerlos al exterior se aplicasen sobre las llagas unas cataplasmas de harina de trigo, con miel y grasa de capones, con cuyo remedio extraíanse del cuerpo de la virgen hasta doscientos cada día.

A propósito de este remedio, refiramos un hecho, que aunque poco esencial á nuestra historia, pero que á lo menos encierra una lección evangélica á veces desconocida. En el tiempo del carnaval, un hombre de Squidam iba á dar un festin á los magistrados y á toda la nobleza de la ciudad. Los preparativos eran espléndidos, y entre otros platillos que debían servirse en la mesa del anfitrión y hacerle mucho honor, se hablaba sobre todo de ocho ó diez capones magníficos que una larga y sabia preparación había pacientemente conducido á un estado de delicadeza y gordura de lo mas atractivo. Pues bien, la víspera del festin este personaje se encontraba en casa de Liduvina, la cual, como todos, sabía que era rico y aun que amaba mucho la buena mesa, las comidas exquisitas y los placeres; mas no sabía, ó mas bien jamás había querido creer que un hombre que se mostraba tan magnífico y á quien nada se hacía gravoso cuando se trataba de la buena mesa, pudiese ser capaz como le acusaban, de llevar la parsimonia en el artículo de la caridad hasta la avaricia. Liduvina le pidió pues con toda sencillez una peca de grasa de capón para la extracción de sus gusanos, y sólo recibió una negativa;

«mas os pido tan poco! añadió la humilde virgen, y esto poco os lo pido como una limosna en nombre de mis dolores que disminuiréis, y en nombre de Jesucristo que os bendecirá.»—Imposible! respondió el egoísta epicúreo. Y juntando la mentira á la dureza, peor en esto que el mal rico del Evangelio, añadió: «os lo repito, Liduvina, lo que pedis es imposible; pues mis capones están tan flacos que no se podrá sacar de ellos suficiente grasa para rociarlos mientras se cocen! Tal insensibilidad espantó á la inocente niña. Pues bien! sea! respondió, es cierto, yo creía, que al ser rico como vos, era deber y aun dicha también el tener compasión de los pobres, y creía, sobre todo, que teniendo como vos el honor de ser cristiano, debería ponerse su gloria en aliviar los miembros pacientes de Jesucristo, la cual es muy superior á esa estúpida gloria que podéis tener con el olor apetitoso de algunos capones! mas no hablemos ya mas de esto, solamente dejadme deciros que mereceríais vos que lo que negais á Jesucristo fuese entregado á los gatos y devorado por esos animales.» Entre tanto el duro visitador partió un poco confuso, mas de ningun modo conmovido. «Ah, iba diciendo en sus adentros, ya iba yo á desordenar el plan de tan bello festin por el placer de sus gusanos! Nó, nó, no obtendrá la grasa de mis capones, ni ella ni aun los gatos con que parece amenazarme, pues en cuanto á estos últimos yo los pondré á buen recaudo.» Entrando en su casa fué luego á ver sus preciosos capones y los encontró mas tiernos y delicados que nunca, dió á los criados las órdenes mas convenientes, y á su vista les hizo encerrar en un lugar muy seguro; y cuando en la mañana siguiente muy temprano sin duda soñaba en el gusto que le prometía esta carne tan blanca y delicada, he aquí que vinie-

ron á anunciarle la desgracia mas grande que podía sucederle: que todos sus capones, sin exceptuar uno sólo, habían sido hechos pedazos y devorados..... por los gatos!

Mas volvamos á nuestra triste narración. A mas de las tres llagas en las que hormigeaban los gusanos, se había formado otra en la espalda derecha: las carnes del derredor no tardaron en pudrirse, y desde entonces le fué imposible á Liduvina, no ya el descanso sobre ese lado, sino ni aun hacer el movimiento necesario para descansar sobre el otro. La pobre paciente debía ya permanecer el resto de sus dias acostada sobre la espalda! El brazo derecho fué muy pronto invadido por el mal que se llama fuego de San Antón. Ese es un mal terrible que devora las carnes hasta los huesos, ataca hasta los nervios, sin respetar mas que uno sólo, y así el brazo pendiente y desprendido no quedó unido con el cuerpo mas que por ese nervio. Sólo el brazo izquierdo quedó libre, y con él podía Liduvina levantar aun su pobre cabeza, el centro de los mas crueles tormentos. Sentía punzadas tan violentas! y latidos tan intolerables, que le parecía le traspasaban el cráneo con agujas ó que se le despedazaban á martillazos. También la carne de la frente se le partió de alto á bajo, la barba se le abrió hasta separarse del labio inferior, la lengua se le hinchó; uno de los ojos se le apagó, y el otro no pudo soportar mas la luz; y en fin, atroces dolores de dientes le duraban semanas y aun meses enteros, unas veces sin descanso, y otras con tal violencia que llegaba á una especie de frenesí.

Además de esto, la pobre enferma iba perdiendo una gran cantidad de sangre, pues por la nariz, la boca y los oídos la derramaba. Los vómitos siempre

frecuentes, eran de una agua sanguinolenta y á veces de sangre pura; y dicen los historiadores, testigos oculares, que no hubieran podido llevar á cuestras la sangre que perdía en un sólo mes, dos hombres robustos.

Durante ese tiempo le apareció también una enfermedad en el hígado: los pulmones se podrian y caian á pedazos; el pecho se cubria de fistulas de un humor corrosivo; las fiebres mas complicadas y agudas caian unas tras otras sobre la infortunada víctima. . . . qué dirémos en fin? La joven sufría una agonía incesante y espantosa, reuniendo todos los dolores conocidos, y que debía durarle por el espacio de treinta y cinco años! (1)

Mas digámoslo para tranquilidad de nuestra alma: en compensación de tantos males, Liduvina tenía á su Dios consigo. El Dios que la quebrantaba y la purificaba en el crisol de los sufrimientos, como el plateiro purifica el oro en el fuego, mirábala con tierno amor, complaciéndose muchas veces aun de un modo maravilloso en mostrar cuanto la amaba. He aquí una prueba de ello.

En una plaza pública, frente de la casa de nuestra virgen, dos hombres reñían una vez. Repentinamente uno de ellos, pálido, espantado, entra en la casa de Pedro gritando: salvadme! salvadme! y se introduce hasta el aposento en donde Liduvina estaba acostada; su adversario le seguía amenazándole terrible con la espada en la mano, entra también en la casa y dice á Petronila: ¿dónde está el hombre que ha entrado por

(1) No sabemos por qué omite aquí el autor, el mal de piedra que padeció también Liduvina, y que ya se sabe cuán terrible es y doloroso. Otros autores lo mencionan. (G. Ch.)

aquí, pues yo lo necesito? tengo sed de su sangre! decidme en dónde está?

Al ver la espada desnuda de este hombre, espumando de furor, la pobre mujer amedrentada cree poder decirle una mentira, por impedir un homicidio, y le responde que allí nadie ha entrado. Mas ya el furioso se había metido al aposento de Liduvina. "¿En dónde está ese hombre que busco; cuya vida requiero, respóndeme, está aquí?—Sí, contesta la virgen que aborrece la mentira, sí, aquí está!—Desgraciada! exclama Petronila, acercándose á su hija y dándole una bofetada, qué es lo que has dicho? Este pobre ha venido cerca de tí á buscar un refugio y así lo entregas á la muerte? En estas palabras había aun otra confesión, de suerte que medio muerto de terror y expuesto á todas las miradas el pobre fugitivo, sentíase perdido. Pues bien, su furioso enemigo no lo vió, aunque le busca por todo el estrecho aposento; parecía que estaba atacado de ceguedad, ó más bien que un cambio inesperado se había obrado en él. A la voz de Liduvina, y á las palabras que ha pronunciado, repentinamente cae su espada; su furor se desvanece, la mansedumbre vuelve á su corazón, y sale de la casa seguido de aquel á quien hacía poco quería hacer víctima de sus iras. Madre mía, dijo entonces la piadosa enferma, que había recibido con angélica dulzura la bofetada de Petronila: si os he causado alguna pena, perdonadme; más yo he creído, que respondiendo la verdad, eso sería bastante para salvar un hombre é impedir un delito, y ya habeis visto que en ello no me he engañado!

Quando Dios más nos hiere nos deja siempre entrever su gran bondad!

## CAPITULO V.

## CORRESPONDENCIA.

*Desolaciones.—Risas y lágrimas.—El buen sacerdote.—Vos  
sós bienaventurada! La gloria de los sufrimientos.—Las  
alegrías de la meditación.—Comunión y dicha.—Aun cuan-  
do no fuese mas que una Ave María!*

A pesar de esto, no vayamos á creer que Liduvina hubiese llegado ya, y menos aún que hubiese llegado sin pena y sin combate á una perfección serena y sin nublado. Los santos no son de otra naturaleza que la nuestra, y Dios sea por ello alabado! pues si nos apareciesen siempre como seres sobrehumanos extraños á todas nuestras debilidades: y si no los viésemos mas que en el deslumbrante y lejano esplendor de una santidad consumada, desde luego quién sin sentirse anonadado, querría detenerse sólo en el pensamiento de elevarse hasta ellos! Nosotros necesitamos pues mirarlos de cerca, y contemplarlos marchando por nuestro mismo sendero, con nuestras mismas miserias y nuestros mismos desfallecimientos; y entonces, al ver sus luchas, al oír sus gemidos, y al tocar sus llagas, santamente entusiasmados nos decimos. "Nosotros también caminamos con ellos! Su debilidad entonces forma nuestra fortaleza; y sus imperfecciones nos alientan á imitar sus virtudes. Liduvina pagó también su tributo á la humanidad. Al principio de sus pruebas le costó excesivo trabajo dominarse, y mas de una vez su paciencia se desmintió. Algunas veces sufría unos fuertes accesos de tristeza y desa-

liento, y sentía crueles desolaciones. Un dia, por ejemplo, desde su lecho oyó ruido de risas en el exterior, pues unas jóvenes casi en su puerta se entregaban á una ruidosa alegría, que le hizo mal, pues la imaginación le representó inmediatamente el doloroso estado en que ella se hallaba. "Ah! dijose á sí misma, para mí no hay diversiones ni gozosas risas! para mí no hay esperanza de curación! Mañana, y pasado mañana, siempre durará mi padecer hasta el sepulcro! y el aislamiento y el olvido sobre todo! Y se puso á llorar con tal abundancia y amargura que partía el corazón; y otras muchas veces se puso á llorar del mismo modo.

Esas desolaciones duraron los cuatro primeros años de su enfermedad. Sin duda cuando se renovaban acudirían cerca de ella su padre ó su anciana madre que con toda la ternura de su corazón ensayaban consolarla; otras veces venían algunas de sus amigas menos olvidadizas y más caritativas, ó algunos vecinos y parientes y le decían cuanto podían para alentarla y hacerle olvidar sus dolores; mas nadie lo podía conseguir. Muchas veces lejos de aliviarla los consuelos le eran pesados, porque los puramente humanos no pueden curar ni aliviar nuestros males. Liduvina se afligía siempre, y muchas veces se le oía en la fuerza de su angustia mezclar con los sollozos las quejas más lamentables. "Dios mio! exclamaba con acento desgarrador: Dios mio; ¿por qué no teneis compasión de mí? Mis dias y mis años son puros lamentos: mi vida no es mas que una horrorosa muerte que se prolonga! esto es ya mucho padecer, y soy muy desgraciada! Quién es castigado y humillado como yo! Dios mio! poned fin á vuestros rigores, ó á lo menos por qué no me ayudais?"



Esos cuatro años fueron harto difíciles, pues eran como el ensaye del martirio, ó el noviciado del dolor!

Mas el dia de las verdaderas consolaciones estaba cerca; Liduvina iba en fin á escuchar la palabra que embalsama todos los sufrimientos y los hace suaves y gloriosos; iba á unirse á Dios sólo, con Dios toda entera y sin reserva, mas con una unión tan estrecha como no la había conocido hasta entonces; desde ahora Dios iba á hablarle al corazón y con santas y sobrabundantes delicias, se disponía á recompensar á su fiel y amada sierva.

Un dia vino un sacerdote á visitar á Liduvina, y este santo eclesiástico, era uno de esos sacerdotes animados del espíritu de Dios á quien una tierna caridad abrasa y á quien las lágrimas y la desgracia atraen, como se dice que los cantos lastimeros atraen á ciertas aves del cielo, una de esas almas que Dios saca de sus tesoros y que parece haber formado de los esplendores de su bondad para darles la más dulce y gloriosa de las misiones sobre la tierra: la de consolar!

En presencia de Liduvina, y á la primera ojeada el hombre de Dios profundamente compadecido, había sondeado la inmensidad de su infortunio; mas lleno de experiencia, también había comprendido lo que faltaba á esta alma escogida, y lo que podía realzar su belleza: "Hija mia, le dijo con paternal dulzura, vuestros males son inauditos; todos ciertamente os compadecen y se contristan al veros; mas ¿sabéis lo que yo pienso?—Vos, padre mio? respondió Liduvina asombrada, vos que sois bueno sin duda como todos, pensais que tengo mucho porque compadecerme!—Pues bien! desengañaos, le dijo, yo estoy lejos de hablar y de pensar como el mundo, yo pienso, al contrario que sois bienaventurada!—Cómo, exclamó Liduvi-

na, presa de una visible emoción: yo bienaventurada! yo clavada en este lecho y para siempre quebrantada por el dolor en todos mis miembros!—Sí, vos, vos misma! Ah! sin duda, hija mia, yo más que nadie compadezco vuestros crueles sufrimientos! Mas veo en vos el alma cristiana, á la amante y á la esposa de Jesucristo; y he aquí por qué, cuanto más horribles son vuestros males más me creo con derecho para deciros que sois bienaventurada! Ah! sí, vos lo sabéis! el padecer cristianamente, hija mia, es el cristianismo, es el Evangelio entero: porque ésta es la fé que adora, es la esperanza que espera y se regocija, éste es el amor que se inmola! O más bien, éste es Jesucristo mismo que viene á vos, que os toma, y os pone en una cruz para que le seais semejante, y queriendo hacer resplandecer en vos todas las magnificencias del alma, os perfecciona en alguna manera por el dolor, como el artífice perfecciona con el cincel la obra maestra que ha soñado su génio. Por el sufrimiento os purifica de las menores manchas del pasado, protege y glorifica lo presente y lo venidero, y os dá como un nuevo bautismo de inocencia, adornando vuestra frente con todas las glorias de la virtud y abriéndoos las puertas del cielo!

Ah! padre mio! dijo Liduvina, ya lo comprendo: tenéis razón al llamarme bienaventurada; mas el sufrir no es bastante, como lo habeis dicho, sino que es necesario sufrir cristianamente, sufrir con sumisión y con paciencia, y aun padecer con amor; y lo que me desconsuela, es que no puedo lograrlo!

Entonces el santo sacerdote habló de la pasión del divino Maestro, y se expresó con su fé y su corazón, haciendo resaltar sus inefables ejemplos, y sus lecciones sublimes, concluyendo en el blanco que había que-

rído tocar para recomendar su frecuente meditación: Liduvina, le dijo, he aquí lo que necesitáis, he aquí lo que os hace falta, si quereis llegar á la paciencia y glorificar vuestros dolores, medita la adorable pasión de Jesús: medítadla muchas veces, y aun casi sin cesar, y éste será el medio todopoderoso para alcanzar la perfección en el padecer.

Después de esta conversaci6n, Liduvina se sintió más alentada, y se dedicó á la meditaci6n. Mas cuál no fué su decepci6n! este ejercicio que tanto le habían alabado parecióle insípido y casi imposible, y por despecho á poco tiempo lo dejó. En cambio volvió á sus lamentos y á sus quejas; sus lágrimas volvieron á correr; dichosamente el piadoso sacerdote no tardó en volver. «Y bien, le dijo, mi remedio ha producido su efecto?»—No, padre mio, respondió con franqueza. Es tal vez cosa muy buena la meditaci6n para los que saben hacerla, en cuanto á mí no entiendo nada de ella. Quiero ocuparme de los padecimientos de Jesu-cristo y vuelvo siempre á meditar los míos, y los encuentro tan insoportables, que los de mi buen Maestro me mueven muy poco.—Y así, replicó vivamente el sacerdote, vos vais á primera vista á dejaros abatir? Mas no sabeis acaso que no hay aquí en la tierra ninguna empresa que no cueste pena ni dificultad de la cual no triunfe una constante voluntad? No es necesario quebrar la corteza antes de comer el fruto? Acaso al primer golpe de la vara hizo Moises salir el agua de la roca?—Mas, padre mio, añadió la pobre enferma: ¿cómo pues quereis vos que yo proceda? Me será posible meditar entre los tormentos que sufro, y con las lágrimas que me arrancan incesantemente esos tormentos?—Sí Liduvina, sí, os lo digo! ensayadlo, perseverad, y os lo aseguro, que bien pronto vuestras lá-

grimas se secarán, y contemplando los dolores de Jesús, no sentireis más los vuestros! no echareis menos lo que llorais tan amargamente, la salud, la juventud y la hermosura, todos esos goces de la vida que se han volado para hacer lugar al sufrimiento! no apreciareis ni amareis entonces mas que á Jesús crucificado!

«Ah! cuando le viéreis tan pobre, él á quien le pertenecen los cielos y la tierra, sin amigos, sin honores y sin consuelo, abandonado y ultrajado; tan pobre que sólo tiene un madero por lecho de muerte, y sólo hiel para endulzar su agonía, ¿podreis vos contristaros por vuestros abandonos y vuestras privaciones? Hija mia. Jesús que es la eterna hermosura, tan bueno y tan amable, cuando le viéreis cubierto de horribles llagas, la frente desgarrada con una corona de espinas, los ojos apagados con la sangre, los labios acardenalados, el pecho abierto, los pies y las manos como preso del dolor con enormes clavos, cuando le viéreis obedeciendo no solamente á Dios su Padre que le oprime, mas á los jueces inicuos que le condenan, á los soldados que le mofan, á los verdugos que le torturan, al pueblo que le maldice, obedeciendo bajo el azote, la púrpura, las bofetadas y las salivas, sin resistencia, sin murmuraci6n, sin quejas, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz ah! ¿nada os dirá Jesús en este estado? al verlo así no os sentireis conmovér? no comenzareis á olvidaros á vos misma?»

«Y sobre todo, Liduvina, cuando habreis comprendido por la meditaci6n la palabra que explica esos tormentos, esa muerte, la palabra inefable: Yo os amo! Cuando habreis oido que el Salvador desde la cruz os dice al corazón: «Mírame á mí, tu Dios, yo el eterno, heme aquí delante de tí agonizante y espirando por

ti, tan sólo porque te amo!" Ah creéis que vuestro corazón resistirá á tanto amor? Vos, Liduvina, amareis á Jesús con toda vuestra alma, y entonces en él y por él, como San Pablo y como todos los santos, amareis vuestras enfermedades, vuestras llagas y todos vuestros padecimientos, y encontrareis la gloria y la felicidad en el padecer. Así, os lo repito otra vez, medita!"

Desde ese día Liduvina se mostró seriamente generosa, y la cruz fué su libro á todas horas, y el calvario su escuela de cada día. Así, muy pronto aprendió de Jesús el alfabeto de la ciencia de los santos. Llegó el tiempo pascual: una mañana su pobre alcoba se revistió del aire de fiesta. El buen sacerdote iba á volver, mas esta vez no venia sólo, sino que Dios venia con él! Todos estaban de rodillas, y la virgen crucificada adoraba con fervor. Cuando el Salvador entró, le dijo el sacerdote con indecible emoción, mostrándole en sus manos la blanca y divina Hostia: "Liduvina, hasta ahora sólo os he hablado de los dolores y del amor del buen Maestro, mas hoy y en este instante él mismo en persona viene á enseñaros. Es el que tanto ha padecido y amado, el crucificado del amor, y es quien viene ahora á visitaros, á consolaros en vuestro lecho de angustia, y á amaros hasta unirse con vos. Ah! abridle bien vuestra alma, escuchad bien la voz de su amor, y él os dirá que si permanecéis y morís con él y como él en la cruz, muy pronto como él y con él resucitareis para la gloria!" Y al punto el sacerdote dióle la adorable Hostia. ¿Qué había pasado entonces? qué había dicho Jesús al corazón de la virgen? porque Liduvina al mismo instante había prorumpido en sollozos; lloró y casi no hizo mas que llorar por muchos días. Dichosa crucificada! esta vez lloraba de amor y de felicidad!

Cumplido estaba, la gracia había triunfado; Liduvina se hizo en poco tiempo una amante apasionada de Dios en la cruz. De día y de noche, á todo instante no veía mas que á Jesús. El día pasaba pronto; las noches no le eran bastante largas, y tantas delicias así encontraba en ocuparse de su crucificado Jesús; cumplido estaba, no mas desolaciones ni quejas. Su estado, es cierto iba empeorando: la corrupción y los gusanos, y los tormentos se multiplicaban . . . mas qué le importaba? ó mas bien, á la corrupción, á los tormentos y á los gusanos llamábalos su alegría, y llegaba hasta pedirle á Dios que se multiplicasen todavía más!

No quisiérais ser curada? le preguntaban—Nó, nó, respondía siempre; aunque no fuese necesario sino una Ave María para obtener este milagro, me guardaría bien de rezarla con este fin. Ah! nó, el no padecer con mi Jesús, me sería el más duro penar!

Dios sea bendito! Los dolores de la tierra, así como las olas del océano, pierden su amargura á medida que van subiendo hacia el cielo!

## CAPITULO VI.

### ESTADO SOBRENATURAL.

*Los sufrimientos se multiplican.—La Princesa Margarita viene con su médico.—Liduvina no come, ni bebe, ni duerme.—Existencia maravillosa.—Se hacen informaciones unas tras otras.—Unos soldados hacen guardia al derredor del lecho de la virgen.—¿Quereis hacernos creer que vivís sin comer?—Proceso verbal.*

UNA vez entrada en este admirable camino, Liduvina avanzó á grandes pasos hacia la perfección. La hu-